





PACHUCA.

A las diez y media de la mañana empieza á rodar penosamente, y como esperezándose por su larga parada en la estación de Buenavista, un pesado tren mixto de carga y pasajeros. Estos en su mayoría llevan sombrero ancho y pantalón de montar, que dibuja la pantorrilla. Van algunas de esas beldades de ranchería exentas de clorosis, pero coloradas por las virtudes terapéuticas del Agave americano; algunos empleados en nego-

ciaciones mineras, y otros individuos indescifrables, armados hasta los dientes.

Se fuma y se charla en voz alta en el vagón, desde las diez y media de la mañana hasta la una del día. El tren, dentro de los estrechos límites de la prudencia, camina despacito y se para seguido, siempre que hay una estación, y por consiguiente, una emborrachaduría al aire libre: la mayor parte de los pasajeros se cree en el deber de refrescarse, hasta agotar el pulque de cada lugarejo. El pulque aprovecha los cascos del padre Kerman, del anisete, del marasquino y del cognac. Los vendedores en esas refresquerías escancian el glutinoso líquido en tarros de todas formas, y los bebedores dejan siempre la huella de su refresco en la tierra sece. El que quiera tomar uno de esos cuadros «après nature,» puede observar en el buen tomador de pulque tres cosas: 1.º Que bebe á tragos gordos; 2.º Que del último trago deja escurrir por el extremo izquierdo de la boca, un chorro baboso que llega hasta el suelo; y

3.º que escupe después de tomar y arroja á sus piés la hez del vaso, para devolverlo. La estética pura del tomador de pulque exige limpiarse los labios con el dorso de la mano derecha.

De libación en libación se llega á Irolo, y el pasajero tiene necesidad de repetir la tramitología de sacar boletos, cuidar del equipaje, pagar por que lo saquen, ver que lo pesen, sacar talón, y volver á pagar por que lo pasen al vagón del ferrocarril de Hidalgo. Cierto es que todo esto podría evitarse en obsequio del pasajero, poniéndose de acuerdo las dos compañías, para expedir recíprocamente sus boletos de Pachuca á México, y viceversa. Pero como ésta sería una combinación exclusivamente en obsequio del público, y no de las respectivas empresas, es probable que no la intenten. Cierto es también que se podría hacer ese camino en la mitad del tiempo que ahora se emplea en recorrerlo; pero como eso sería también en beneficio del público, las empresas no lo hacen, fiadas en

que peor sería hacer el camino en burro.

El panorama de México á Pachuca se compone de magueyes de cerca, y de cerros de lejos; es el vasto emporio del Agave, planta indígena que, con pretexto de curar la clorosis, multiplica por veinte los guarismos de la estadística criminal; y con el pretexto de refrescar, embriaga; y con el pretexto de entretener el hambre, consume en la embriaguez lo que el tomador emplearía en su verdadera nutrición.

Esto no obstante, el maguey es una de las bendiciones del Anáhuac, que cuesta al municipio de México una suma de consideración, empleada en mantener criminales y en curar heridos, víctimas del pulque.

Esta misma bendición lo es, y grande, para los dueños de los magueyes, plantas que viven y mueren menospreciando la agricultura y el cultivo; para el ferrocarril de Veracruz, por el flete cotidiano y gordo con que hace boca en sus maravillosas tarifas; y para el gobierno, por la alcabala, que es uno de sus mejores ingresos.

La bendición toma la forma de felicidad en la clase menesterosa, que emplea las tres cuartas partes de su haber en «refrescarse», y por último la tal bendición toma la forma de gravámen y ruína del ayuntamiento, que mantiene presos, recoge borrachos, y sostiene hospitales, faltándole siempre siete reales y medio para completar un peso.

Se llega á Pachuca á las cuatro de la tarde, como en tiempo de Zurutuza; observación que están muy lejos de hacer los que se han refrescado en el camino; porque está probado que los que se refrescan no son generalmente los mejores observadores.

Pachuca se parece á muchas personas: no pasa día por ella; todavía no tiene empedrados, ni banquetas, ni arbolados, bebe agua en barrilitos y en cántaros, y está amenazada de beberla en botellas. Sigue atravesada por una especie de caño que se llama el río, por donde se arrastra entre guijarros una culebra de lodo amarillento, que es la defecación de los patios de beneficio de los cerros vecinos; la plata se bebe

toda el agua de la población y le arroja lodo. Algunas mujeres, sin embargo, le confían á este lodo la limpieza de sus harapos; les lavan allí para hacerlos cambiar de aspecto.

Todavía no se ha quemado, ni se le ha podido acabar la polilla al teatro que sigue llamándose del Progreso, contra la voluntad de Dios y contra la índole del idioma.

Pachuca quiso hacerse un gran teatro; pero lo quiso hacer tan grande, que no pudo, y descansó al séptimo día que no acaba de pasar: el del Progreso que está enfrente, con un tejado de tejamanil desvencijado y negro, se le ríe en las barbas cada vez que enarbola una banderita de media vara para anunciar los sacrificios de Thalía y Melpómene, que son frecuentes. Mientras el Progreso se ríe del proyectado teatro por un lado, una plaza de toros se ríe de la civilización por el otro, y los barreteros que destripan los cerros entre semana, van á ver destripar caballos los domingos.

Así como el maguey es una de las bendi-

ciones del camino, el aire es una de las bendiciones de Pachuca. Por aquellos cerros, agusanados de hombres y perforados como la madera apolillada, sopla un viento N. E. que se encarga de sacudirle el polvo á la ciudad, y se lo sacudé efectivamente con más insistencia de la que apetecerían sus moradores. Después de abatir el humo de las chimeneas en los cerros, el viento aquel, recogiendo todos los ruidos de las máquinas, y provisto de un puñado de constipados y pulmonías, se revuelca en las calles, remueve la basura y levanta torbellinos de polvo, hace crujir las puertas, penetra por las hendiduras, silba por los callejones, hace temblar los tejamaniles del teatro del Progreso, arroja puñados de tierra sobre la carne de la plaza y pone en un momento las naranjas y los tejocotes del color de los cacahuates; hace cerrar los ojos á las placeras y sube el embozo de las frazadas, manda á pasear algunos sombreros de petate, revolotea sobre los malvones del jardín de la plaza y los deja pardos y como

petrificados, empuja á los robustos eucalip-
tos de aquel desgraciado oasis de la ciudad,
y con los empellones estos árboles han aca-
bado por tomar una postura diagonal, como
queriendo huír de tan repetidas caricias.
Estos héroes de la vegetación y los mague-
yes resisten con sus hojas acartonadas y
lustrosas al polvo, como resiste su vida ve-
getativa á la sequía y al abandono, y crecen
y viven sin pedir amparo.

Cesa el viento cuando se ha cansado de
azotar al pueblo, ó cesa el ruido para dejar
escuchar la detonación de un cartucho de
dinamita, repercutiendo los ecos de la des-
carga en todos los accidentes de las monta-
ñas, como si todos aquellos gigantes de
plata se hubiesen constipado simultánea-
mente; la basura que ha cambiado de sitio
descansa donde puede, esperando la otra
sacudida; los penachos de humo de las chi-
meneas del cerro vuelven á levantarse; el
rumor de los morteros de vapor se regulari-
za, y los transeuntes pueden abrir la boca
y los ojos. Todo lo encuentran en su mismo

sitio menos la basura; los bizcochos y los
dulces del portal han palidecido, todas las
golosinas han tomado un tono gris parecido
al lodo del río.

No tiene la culpa Pachuca de haber na-
cido en aquella cañada batida por los vien-
tos; la miseria la dejó allí esperando el pro-
ducto de las minas, al pié de los socavones
y entretenida en ver arrastrarse la serpien-
te de lodo de su río, que tampoco se pare-
ce á las barras de plata que por millares
han atravesado sus calles tortuosas, sin pro-
porcionarle la deseada prosperidad. ¡Pobre
Pachuca, tan pobre junto á tanta riqueza,
tan opaca de polvo junto á tanto brillo, tan
triste al pié de la bonanza, y tan resignada
con su suerte que hasta se cree feliz!

Pero en cambio del feo aspecto de la
ciudad, sus habitantes se encargan, con en-
cantadora amabilidad, de borrar en la ima-
ginación del visitante las tristes impresio-
nes del aire, del polvo y del río. Parece que
los desapacibles rumores de los morteros,
los quejidos del viento y las detonaciones

de la dinamita, formando la desolación de los órganos auditivos, han engendrado el amor á las armonías de la música en cambio de los ruidos estridentes y de la miseria de la ciudad, el hogar es confortable, el interior de las casas es limpio y hasta elegante. Las señoritas se refugian en el piano buscando en el divino arte, en el fondo del santuario doméstico, los goces que les niega la ciudad, el rumor de otras brisas que no se han quejado en los eucaliptos ni gruñido entre los malvones del jardín de la plaza. La apacible familia del doctor don Rodrigo Ramirez, cuelga el retrato de Betowen sobre el piano, y convierte su salón en conservatorio de música, donde los jóvenes diletanti celebran agradables veladas musicales. Durante el día, mientras la ciudad trabaja, se aturde y se empolva, ocupan las sillas del estrado y los ángulos de la sala, por un lado el contrabajo vuelto de espaldas y los violines boca abajo, como guareciéndose contra los disparos de la dinamita, las bandurrias y las

guitarras primorosamente trabajadas por los industriales de Ixmiquilpan; las flautas duermen la desvelada anterior en sus estuches de terciopelo y el piano se cubre con sus tapas por temor de un resfriado. Pero en las noches, las señoritas Ramirez presiden la tertulia musical, y así recorren el teclado como arrancan á la flauta, al violín ó á los instrumentos de latón sus mejores notas.

Así como los rumores desapacibles de la ciudad engendraron la necesidad de indemnizar al oído con las veladas musicales, la ociosidad y desapacible vida de los criminales inspiró al gobernador de aquel Estado la idea de hacerlos filarmónicos. Sustituyó á la inacción é incuria de los presos, el aprendizaje de la música; á las conversaciones poco edificantes de los grupos perezosos, la discusión sobre los tonos y sobre las escalas, y á las interjecciones disonantes las primeras armonías de una banda militar. Las frases musicales que expresan el amor ó la plegaria, la melancolía ó el sentimiento, han de haber tendido una gasa color de ro-

sa sobre los remordimientos de los criminales; alguna armonía misteriosa ha de haber ido á posarse, como una mariposa sobre abrojos, en el corazón de los asesinos; alguna nota, como la semillita que lleva el viento, ha de haber hecho brotar en el corazón de los malvados como en la grieta de una roca, la flor de la ternura. Tal vez un oboe ó un corno, una flauta ó un octavino, lleguen á ser, como la cruz, signos de redención para los presos.

Quién sabe! Pero el estupro y el homicidio, el robo á mano armada, la alevosía y la crueldad, han trocado la ganzúa, la daga y el revolver por los latones sonoros, para hablar el idioma del sentimiento, de la ternura y de la pasión. Ya los criminales son músicos, pero siguen siendo presidiarios, que no pueden exhalar sus melodías al pie de los torreones ó de los sauces de las selvas como los trovadores, sinó entre los remington de la escolta; tocan entre filas para alegrar al público y vuelven á la cárcel. ¡Ojalá que ese tormento moral y esa dura prueba influya en su regeneración!

Una vez más, y por todas, asiste al autor de estas líneas el deber de encomiar tanto el divino arte como la amabilidad de las personas que lo indemnizaron, y con creces, del viaje, del polvo, del viento y de la contemplación del río, con el obsequio de un concierto en la casa del Sr. Lic. D. Ignacio Durán.

Allí ejecutó en el piano, con la maestría, precisión y gusto que acostumbra, difíciles fantasías y piezas de bravura la estimable señora doña Marta Bracho de Acevedo. Piezas concertantes para flauta y piano las señoritas Ramírez, preciosos valeses y piezas ligeras la señorita Refugio Espinosa de los Monteros y el señor Varela. Pero lo que dió un carácter especial á la velada fué la concurrencia de la Estudiantina.

Se presentaron á las ocho y media de la noche en el salón del concierto catorce jóvenes vestidos de negro, irreprochables en su traje de tertulia, llevando cada cual, en el ojal de su levita abrochada, una pequeña cinta tricolor; colocaron un pequeño atril

en el centro y tomaron asiento en semicírculo aquellos distinguidos estudiantes, quienes, acertadamente, desdeñaron la quesadilla y el manteo, la cuchara y las medias negras de la estudiantina española, para vestir como caballeros de nuestra época.

Empuñó la batuta el joven director Francisco R. Bracho y los bandolones mexicanos, los bajos, el violín y el violoncello, ejecutaron con admirable maestría una pieza sobre temas de la zarzuela «Las Campanas de Carrión.» La ejecución reunió las cualidades del unísono, de la afinación y el compás, expresión y sentimiento en la melodía, acuerdo en los «crescendos» y precisión absoluta en el conjunto. De la misma manera ejecutaron en la velada hasta cinco piezas.

Mientras tocaban, el público hacía reminiscencias de la famosa estudiantina española que ha recorrido las ciudades de Europa y América, deleitando al público en todas partes, precisamente por las cualidades que acabamos de enunciar. Esta estudiantina, que se ha organizado bajo el nom-

bre de «Estudiantina Beristain-Paniagua» puede dar un paseo por el mundo, segura de que recogerá por todas partes los aplausos que merece.

Desde luego se advierte que son consumados profesores.

Esta observación nuestra, provocó entre los circunstantes una información que nos llenó de asombro. Aquellos ejecutantes no son profesores; más todavía, ninguno de ellos, excepto el director y el joven Córdoba que toca el violín, conocen la música; y todos, sin haber pulsado nunca ningún instrumento, han aprendido líricamente cinco grandes piezas de concierto, que pueden lucir en todas partes. La información final acabó de formar nuestro asombro. La estudiantina ha comenzado su estudio hace tres meses, circunstancia que hace realzar su mérito y habla muy alto de su fuerza de voluntad y de su constancia.

Muy acreedores son pues, estos jóvenes, que han consagrado las peligrosas horas de ocio de su edad á una empresa que los hon-

ra, á los elogios de la sociedad. Nosotros nos complacemos en reiterarles en estas líneas nuestra mas cordial felicitación, y nuestro agradecimiento por la bondad con que se prestaron á proporcionarnos una velada musical tan agradable, y cuyo recuerdo no se borrará de nuestra memoria.

Hé aquí el personal de la estudiantina:

Bandolones primeros.—Miguel R. Bracho, Carlos V. Guerrero, Feliciano González.

Bandolones segundos.—Luis B. García, José Corona, Aurelio Bracho, Leandro T. Garnica, Manuel García, Enrique Osorio é Ignacio Ramirez.

Bajos.—Andrés Osorno y Melesio García.
Violín.—Fausto Córdoba.

